



Teresa Cid

Todo acabará careciendo de importancia,  
o esencialidad,  
salvo esto: padre, hijo, amor.

Reflexiones sobre la paternidad, Karol Wojtyła

## SUMARIO

1. La crisis de la paternidad y maternidad.
2. La vocación al amor y la diferencia sexual.
3. La genealogía de la persona.
4. Matrimonio y familia como educación a la paternidad.
5. Una mirada de esperanza: el retorno al hogar..

### 1. La crisis de la paternidad y maternidad

Atravesamos una época histórico-cultural marcada por un profundo pesimismo antropológico, que se esfuerza paradójicamente por reconocer en el plano jurídico e institucional la dignidad y los derechos de la persona, que simultáneamente le son negados, sin embargo, con la razón y la conducta cotidiana. Algunos, desde la psicología social, señalan que la persona es un producto de las relaciones sociales y que su conciencia y su libertad son modeladas diariamente según el tráfico de influencias, la moda y los intereses de la comunicación social. Se ha oscurecido la certeza moral de que el ser humano tiene valor por sí mismo, y por ningún otro motivo o razón. El ser humano deviene cada día más “materia prima” para experimentación tecnológica, “factor productivo” para la agregación de valor.

¿Qué es lo que nos encontramos en el fondo de la realidad actual? Sin duda, más allá de una posible crisis económica o social, o de diversos ámbitos, nos encontramos ante una crisis del sujeto: la persona se siente incapaz de llevar a buen término la aventura que se le descubrió en la experiencia del amor. El sujeto actual se siente particularmente frágil en dos vertientes esenciales de la tarea de construir una familia: por un lado, la de la fidelidad al amor y por otro, la de la paternidad. La crisis de la fidelidad se presenta como la incapacidad de dar continuidad en el tiempo a lo que implicó en su vida el acontecimiento

gozoso del afecto. La crisis de la paternidad se manifiesta en la dificultad o incluso rechazo de asumir el peso, que se advierte como excesivamente gravoso de dar vida a los hijos. La crisis de la paternidad es la clausura ante el futuro como posibilidad gratuita, es la *crisis de la esperanza*.

“No existen padres buenos, es la norma; no acusemos a los hombres, sino al vínculo de paternidad que está podrido. No hay nada mejor que “hacer hijos”, en cambio ¡qué iniquidad “tenerlos”! Si hubiese vivido mi padre se habría impuesto en mi vida y me habría aplastado. Afortunadamente ha muerto joven”.<sup>1</sup>

En estas trágicas palabras de Sartre, podemos reconocer las características del *eclipse de la paternidad* que se vive actualmente en nuestra cultura. El filósofo llega a sugerir que el mismo hecho de ser engendrados es un mal. Afirmando que no existen padres buenos, sugiere que cualquier tipo de dependencia –empezando por la dependencia de los padres- es un mal. Nos recuerda las terribles palabras de Kafka en *Carta al padre*.<sup>2</sup>

El eclipse de la paternidad es la expresión radical de la enfermedad de la libertad, la cual, separada del origen y los vínculos, acaba perdiendo todo impulso hacia el futuro replegándose en el proyecto de una autorrealización individualista. Sin embargo, la experiencia humana elemental muestra que ser hijo, es decir, ser originado, es uno de los contenidos primordiales de la autoconciencia del yo. El hombre no puede concebirse fuera de un tejido de relaciones originarias que, de hecho, se identifican con la familia. En este sentido, la familia es el ámbito natural en el que el hombre adquiere conciencia de su dignidad, del hecho de ser querido por sí mismo. Esta realidad, ser querido por sí mismo, es el vértice de la experiencia del amor a la que aspira todo hombre, es el contenido original de las relaciones familiares.

## 2. La vocación al amor y la diferencia sexual

En la raíz de nuestra vida hay un *don* que es también una *llamada*. Por ello, la vida no es, en primer lugar, un proyecto nuestro, sino la respuesta a la llamada de Otro<sup>3</sup>. El significado de la humanidad del hombre más que una propiedad es una *vocación*.<sup>4</sup> Con la encarnación



del Verbo no sólo se le revela al hombre que existe ese Otro, sino que se le hace evidente que ese Otro es Don, que busca ser acogido y aceptado por la libertad humana. La vocación humana es, entonces, “ser-para-el-don”. Con ello, se redefine completamente la imagen que, desde abajo, tiene el hombre de la santidad, como lo inalcanzable. La presencia del Santo en medio de los hombres se revela como Don-de-sí, nueva y eterna alianza.

En el plano del amor conyugal, la mutua donación de los esposos en la fidelidad y verdad es el don de la libertad ofrecida al Creador como colaboración humana para que Él quiera manifestar su bondad llamando a la existencia a una nueva persona, cuya vocación será también la beatitud y la filiación adoptiva en Cristo. El hijo es un don y no un producto u

objeto de la voluntad humana. Por ello, si por una parte, él es un testimonio visible de la fecundidad y generosidad del amor conyugal, por otra, es este mismo amor el que permitirá la acogida incondicional de este nuevo don, tal como él se manifiesta en su concreta y particular existencia. Podría decirse, que si el hijo es expresión de la dignidad del amor conyugal, la fidelidad del amor esponsalicio es, por su parte, la mayor garantía humanamente concebible del reconocimiento de la dignidad del hijo, sólo “querido por sí mismo”. Así, la dimensión unitiva y procreativa del amor conyugal enlazan su significación de forma inseparable.

“Hijo –esto significa: la paternidad y la maternidad”<sup>5</sup>. Un hijo, una nueva persona humana que ve la luz, implica siempre un padre y una madre, implica siempre una mujer y un hombre que se donan mutuamente y que, en dicha donación recíproca, son fecundos. Cuando se habla de “hijo” se habla contemporáneamente de diferencia sexual, de don mutuo y de fecundidad (misterio nupcial).

En su diferencia sexual, el hombre y la mujer descubren que están destinados a la unidad con la otra persona. La sexualidad es posibilidad de comunión. Ella no confunde ni disuelve ambas identidades personales sino que las orienta hacia la apertura, hacia la comunión, a salir de sí mismas para una relación enriquecedora. Así, la sexualidad revela a la persona algo esencial: ella no existe para la soledad sino para el encuentro. Al mismo tiempo, la dimensión personal de la sexualidad exige que manifieste un auténtico don de sí mismo, en reciprocidad de comunión.

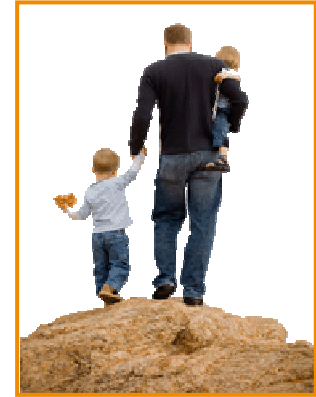
La persona humana, como criatura de Dios, deseada por Dios por amor, es un ser donado a sí mismo y, al mismo tiempo, llamado al don de sí. “El hombre, que es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo” (GS 24). Esta vocación al don sincero de sí mismo implica a la persona en su totalidad: cuerpo y alma. De esta verdad originaria se da testimonio en el cuerpo y allí se manifiesta.

En este sentido, Juan Pablo II afirma que el cuerpo es el *sacramento primordial* de la creación<sup>6</sup>: testimonio del don, que es la creación, y vocación al don de sí. El cuerpo es llamado al amor como don de sí: esto es lo que quiere decir la expresión *significado esponsalicio de cuerpo*. Además de la dimensión puramente física de la sexualidad, su verdad plena es el don de las personas. El lenguaje del cuerpo no es, pues, arbitrario: tiene un criterio objetivo de verdad. *El lenguaje del cuerpo es (y debe ser) el lenguaje del don de las personas*. Sólo así es verdadero, de lo contrario es mentira.

Si nos preguntamos ahora la razón última de la persona como don, debemos ir al origen de cada uno de nosotros. Al origen, *al principio*. En aquel origen, que no es sólo un pasado sino que permanece, encontramos el acto creativo de Dios. Al principio está Dios, que me crea. Este acto, en su esencia, es un acto de amor libre y gratuito. Por lo tanto, nosotros hemos sido “hechos para el don”, porque procedemos de un don, porque somos creados a imagen y semejanza de este Dios Amor. Deseados por amor, nos realizamos en el amor, en el don de nosotros mismos. Esta es la esencia de nuestro ser, inscrita también en nuestro cuerpo. El amor humano entre un hombre y una mujer es, por consiguiente, sacramento (signo visible) del Amor divino.

### 3. La genealogía de la persona

Cada persona humana, precisamente por ser persona, tiene un origen personal. Por ello, el primer rasgo de nuestra identidad es la filiación. Por ser personas, somos hijos de unos padres. En la paternidad y en la filiación hay un vínculo entre personas, las de los padres con las de los hijos, que contiene un sustancial significado personal.



Sin embargo, como hemos señalado ya, en nuestra sociedad contemporánea la paternidad no es ya algo evidente, sino al contrario, una figura contestada, rechazada u omitida. Nos encontramos ante una crisis de la genealogía personal y una crisis de la genealogía por amor. Vivimos en un mundo donde hay muchísimos seres humanos que no han sido engendrados por un padre y una madre unidos por un vínculo de amor. Es decir, por un padre y una madre que, entre sí, son esposos y constituyen una comunidad de vida y de amor. Estos seres humanos traen su origen de una relación entre sus padres en alguna manera pasajera.

Esta fractura entre paternidad y maternidad atenta directamente contra la genealogía personal y amorosa debida en justicia a todo ser humano, a todo hijo, por ser persona. La disociación, la fractura o la independencia total entre ser cónyuges (la conyugalidad de la unión matrimonial) y ser padres (la procreación y la educación de los hijos mediante un espacio de intimidad, de convivencia amorosa estable que conocemos como familia) está, pues, en la base de la crisis de la paternidad.

La comunión conyugal asegura la genealogía personal y amorosa de los hijos, y con ella la base real de su identidad y crecimiento verdaderamente humanos. El matrimonio, por constituir una comunión de personas, significa siempre un nuevo comienzo. Es el comienzo de una nueva comunidad humana, de esa comunidad que se llama familia. No es posible un amor verdadero que no acoja en sí el destino de paternidad o maternidad y que no respete la estructura objetiva biológica del cuerpo del otro, que incluye su predisposición a la fecundidad.

De ahí que el amor conyugal comporte una serie de características: ante todo, debe ser un encuentro personal. El cuerpo está empapado de la persona y el encuentro de los cuerpos está llamado a ser “sacramento” del encuentro de las personas. La “primacía de lo que es personal” en el encuentro significa que sólo cuando existe un compromiso definitivo y público al nivel de personas, el gesto de la donación del cuerpo es verídico. Efectivamente, la entrega recíproca de la propia corporeidad manifiesta un abandono personal definitivo, una total donación y acogida del otro. La entrega de la persona debe ser, por lo tanto, libre y exclusiva: sólo en la libertad se puede ser don y sólo en el compromiso total y definitivo ese don es sincero a nivel de personas.

¿Cuál es el sentido que se realiza en la comunión conyugal de dos personas? ¿Cuál es la finalidad intrínsecamente unida a la expresión corpórea y genital del amor conyugal entre un hombre y una mujer? Es la fecundidad de su amor, que va más allá de sí mismo y que normalmente se manifiesta en la procreación.

La sexualidad expresada en el ámbito genital realiza su fin intrínseco en la comunicación de la vida, en la generación de una nueva vida. La consumación de la sexualidad conyugal es el hijo, que nace de la donación no sólo física sino también espiritual de los esposos. La generación de un hijo no es sólo la consecuencia de un acto físico. Es una auténtica *procreación* responsable si nace de un acto humano de amor interpersonal y si se prolonga en la tarea educativa. El hijo nace como “don de don”. La unidad en el amor es siempre fecunda y la fecundidad del cuerpo, que se abre en el encuentro sexual a la posibilidad de la procreación, es la señal de la fecundidad espiritual del encuentro nupcial del amor: “dos seres son sólo uno, y es cuando son uno que se convierten en tres” (M. Blondel)<sup>7</sup>.

Del amor conyugal de los esposos, un amor que es intrínsecamente fecundo, nace la familia como comunidad de padres e hijos, como comunidad de generaciones. La familia se basa en la igual dignidad personal entre los padres y los hijos<sup>8</sup>.

¿Qué sucede cuando nace un hijo? Nadie puede negar que ante un recién nacido la madre y el padre experimentan una serie de sentimientos de gran hondura y, aparentemente, contradictorios entre sí. Por una parte es sin duda “su” hijo y ellos son “sus” padres: es el fruto de su amor conyugal. Por otra, sin embargo, el hijo se presenta como un “tú” diferente de los padres: es “su” hijo, pero no es en absoluto “su” propiedad. Es, en efecto, “otra” persona, no la prolongación de la persona de sus padres. Y, precisamente por esto, la vida de los padres cambia, pues debe medirse cotidianamente con una nueva persona: es tu hijo, pero no “depende” de ti, no te pertenece.

Ser padres y madres no significa ser los “dueños” de los propios hijos, sino que significa ser, con ellos y como ellos, hijos del mismo Padre. Uno sólo es, en efecto, el Autor de la vida (cf. Hch 3, 15), de Él dependen tanto los padres como los hijos. Escribe Wojtyla en *Piedra de luz*: “cuanto tiempo ha pasado antes de que consiguiese entender que Tú no quieres que sea padre, si al mismo tiempo no soy hijo”<sup>9</sup>.

La paternidad de Dios es el manantial trascendente de toda paternidad y maternidad humanas. En la familia se desarrollan las relaciones interpersonales en las que se confía a cada uno una tarea específica, sin esquemas rígidos. En la relación recíproca matrimonial y en el compromiso común de los padres, la figura del hombre y de la mujer que están llamados a aplicar sus características naturales en el ámbito de una comunión profunda, enriquecedora y respetuosa. “A esta “unidad de los dos” confía Dios no sólo la obra de la procreación y la vida de la familia, sino la construcción misma de la historia”<sup>10</sup>.

#### 4. Matrimonio y familia como educación a la paternidad

En la *Carta a las familias*, Juan Pablo II incluye un capítulo titulado “La civilización del amor” (nn. 6-17). “La familia constituye la base de lo que Pablo VI calificó como ‘civilización del amor’<sup>11</sup>, la expresión se relaciona con la tradición de la ‘iglesia doméstica’ en los orígenes del cristianismo”<sup>12</sup>. “Civilización” no es otra cosa que la “humanización del mundo”. Civilización tiene, pues, en cierto modo, el mismo significado que “cultura”. Por eso se podría decir también: “cultura del amor”. La civilización del amor se inspira en las palabras de la

constitución conciliar *Gaudium et spes* 22: “Cristo [...]. manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación”, por eso “se puede afirmar que la civilización del amor se basa en la revelación de Dios que “es amor”, como dice Juan (1 Jn 4, 8-16) y que está expresada de modo admirable por Pablo con el himno a la caridad en la primera Carta a los corintios (cf. 13, 1-13) [...] la familia depende por muchos motivos de la civilización del amor, en la cual encuentra las razones de su ser como tal. Y al mismo tiempo, la familia es el centro y el corazón de la civilización del amor”<sup>13</sup>.

Juan Pablo II puso particular atención en proclamar y defender “vigorosamente los derechos de la familia contra las usurpaciones intolerables de la sociedad y del Estado” (*Familiaris consortio* 46), sabiendo muy bien que la familia es el lugar privilegiado de la “humanización de la persona y de la sociedad” (*Christifideles laici* 40), y que “a través de ella pasa el futuro del mundo y de la Iglesia” (FC 86). En el Discurso a los participantes en el Simposio internacional sobre la Pastoral Familiar en Europa, de 26 de noviembre de 1982<sup>14</sup>, señaló que la primera orientación dada por la *Familiaris consortio*, es “una invitación lanzada a toda la Iglesia de anunciar la *verdad* sobre la familia al hombre de hoy. Es urgente reconstruir en cada hombre y en cada mujer la certeza de una *verdad* sobre su matrimonio y los valores éticos que deben sostenerla. La verdad que anuncia la Iglesia es una verdad de *vida*: debe convertirse en vida. Esta es una segunda orientación fundamental trazada por la Exhortación apostólica”. Esta exigencia personal afecta a la vida personal de los cónyuges, es decir, afecta a la cultura en que viven los esposos en Europa.

Esta verdad quiere ser inspiradora de una *cultura familiar*<sup>15</sup>. Como advertía Juan Pablo II, “no es suficiente un juicio crítico sobre las diversas propuestas culturales. Debe crearse una cultura matrimonial y familiar que realicen en la Europa de hoy la identidad humana y cristiana del matrimonio y de la familia, es un deber que es parte de la misión evangelizadora de la Iglesia”. Un tema fundamental, por tanto, es de la *cultura familiar*, tema unido al más conocido de la *cultura de la vida*. Se trata de devolver a la *familia* el papel de ser el primer lugar dónde *se cultiva a la persona y se da culto a Dios*, que es el origen de toda civilización. “En el designio de Dios la familia es, bajo muchos aspectos, la primera escuela del ser humano. *¡Sé hombre!* –es el imperativo que en ella se transmite-, hombre como hijo de la patria, como ciudadano del Estado y, se dice hoy, como ciudadano del mundo” (*Carta a las familias* 15). De ahí ese grito que lanzó a la familia: “Familia, ¡*sé*” lo que *eres*”! (*Familiaris consortio* 17).

Comprender la familia como comunión de personas significa comprender la familia como lugar de esas relaciones decisivas, punto de encuentro. Distinguimos en el interior de la familia dos grupos de relaciones: la que une al padre y a la madre y la que une al padre y la madre con los otros miembros de la familia.

La pareja es una escuela decisiva de obediencia y libertad. Obedecer no significa simplemente hacer lo que otro dice. Es algo más radical: significa acoger al otro en mi intimidad personal de tal modo que no puedo considerar ninguna decisión y ninguna acción como verdaderamente mía si no es a la vez tomada como referencia también al otro.

Obedecer al otro significa en cierto modo llevarlo dentro de uno mismo para generar su verdad. Lo que se lleva es la intuición del gran destino que Dios ha querido para la otra persona y que nos ha concedido en cierto modo contemplar. Amar a otra persona significa conservar dentro de nosotros esa imagen, presentarla a la persona amada todas las veces que ella, desanimada por la dureza de la vida, esté tentada de traicionarse a sí misma, sostenerla en los esfuerzos, en las derrotas y en las victorias. Significa, además, tener la libertad de no confundir su destino con nuestro propio proyecto sobre él, que es siempre parcial y quizá errado.

Obedecer con esa amplitud significa también generarlo a la vida y educarlo. Educar y ser educado en la relación de pareja coinciden y la clave está en aprender a obedecer en la verdad, es decir, aprender a hacer la verdad sobre uno mismo y sobre el otro el criterio del propio juicio.

Vivir es ser obediente a la novedad que es la vida. Por eso, el niño es también una gran y continua verificación de nuestra fidelidad a nosotros mismos. De nuestra fidelidad al hombre, a la humanidad. Es una verificación del respeto ante el misterio de la vida. El hijo es la expresión máxima de la comunión del hombre y de la mujer, es decir, de la recíproca acogida/donación que se realiza y se trasciende en una “tercera persona”, en el hijo. El hijo es la bendición de Dios. Transforma al marido y a la mujer en padre y madre (cf. *Familiaris consortio* 21). Los dos “salen de sí” y se expresan en una persona que, si bien es fruto de su amor, va más allá de sí mismos.

Para el hombre, engendrar un hijo es, sobre todo, “recibirlo de Dios”, acogerlo como un don. El niño es manantial de esperanza. Habla a sus padres de la finalidad de sus vidas, representa el fruto del amor. Permite, además, pensar en el futuro. Los padres viven para sus hijos, trabajan y se esfuerzan por ellos. El niño hace pensar en el futuro. El niño es siempre una nueva revelación de la vida que es dada al hombre por el Creador. Es una nueva confirmación de la imagen y de la semejanza de Dios, impresas desde el principio en el hombre.

El padre (madre), de hecho, es aquél que da *origen al hijo*, que lo sostiene continuamente durante el *camino* de la vida para conducirlo hacia su *destino* (*cumplimiento* final). El padre no da lugar al hijo sólo en cuanto origen, sino que lo sostiene continuamente durante el *camino* de la vida para conducirlo hasta su *cumplimiento* final. Son los tres grandes factores de la paternidad: origen, camino, destino que se corresponden, a su vez, con los tres grandes niveles de la libertad (deseo, capacidad de elección y adhesión al infinito).

La paternidad como origen suscita ante todo el *primer nivel* de la libertad: el deseo de felicidad. El padre, en el cotidiano intercambio de amor, transmite al hijo una visión de la vida y el hijo, capacitado para juzgar, aprende a ejercitar el propio poder de elección (libre arbitrio). Es el *segundo nivel* de la libertad. En este punto delicado y decisivo se inserta la irrenunciable tarea educativa de los padres. En la relación con el padre y con la madre, el hijo aprende la consistencia de su identidad personal porque es introducido en la aventura del encuentro entre su propia libertad y la realidad distinta de sí.

Según la revelación cristiana, la razón del carácter original de la experiencia de filiación debe buscarse en el misterio de la creación del hombre. El hombre es creado a imagen y semejanza de Dios y, concretamente, a imagen de la Imagen, es decir, del Hijo. No somos creados ni a imagen del Padre ni a imagen del Espíritu: somos creados a imagen del Hijo para llegar a ser, por gracia, hijos en el Hijo. La razón última por la que, cuando se habla de paternidad es necesario partir del hecho de ser hijos, se fundamenta en el dato de que somos creados en el Hijo.

Si el hombre descubre que es un don en la filiación, un don libre y personal, entonces la paternidad-maternidad consiste en la comunicación de este don a través de la generación y la educación. Los padres están llamados a acompañar la libertad de sus hijos sin tener jamás la pretensión de sustituirla. A través de la tarea educativa los padres sostienen la libertad de los hijos en el camino de la vida, acompañándoles así hasta el cumplimiento de sus personas.

En fin, el padre y la madre son llamados a abrir la libertad del hijo acompañándolo al Padre con mayúscula. De hecho, el *corazón inquieto* del hombre (Agustín) se aplaca sólo en la adhesión al Infinito. Sólo en Él el hombre encuentra total satisfacción. Es éste el *tercer* y último *nivel* de la libertad humana.

Ser padres se revela, por tanto, como una tarea de características dramáticas: la tentación de la posesión, es decir, la tentación de no permitir que el hijo sea plenamente otro, libre, amenaza continuamente el amor paterno y materno. Aceptar el riesgo de la libertad de los hijos, en efecto, constituye la prueba más radical en la vida de los padres.

Existe un segundo dato en la relación padre-madre-hijo que es necesario poner en evidencia: toda filiación, considerada concretamente, está marcada por la diferencia sexual, que como tal es insuperable. Todo hombre vive su ser hijo sólo y exclusivamente o como hijo o como hija. Desde el punto de vista del *status* de la persona, esto significa que los hijos pueden reflejar o el misterio del padre –origen de la existencia, autoridad, principio de intercambio- o el misterio de la madre –misterio de gratuidad intrínseca-. Por una parte, experiencia de filiación en cuanto libertad donada, por otra, experiencia del ser llamado a convertirse en padre o madre. Ambos aspectos deben ser vividos según un orden preciso. En efecto, todo hombre-mujer pueden ser padre o madre sólo en cuanto, a su vez, es hijo o hija. No es simplemente un dato de hecho, sino que muestra un aspecto constitutivo de la persona que debe tenerse en cuenta durante toda la vida.

Desde el punto de vista educativo se puede, entonces, afirmar que es padre (está en el origen, sostiene en el camino y acompaña hasta su destino la libertad donada del hijo) sólo quien sabe ser hijo (reconoce que su libertad es continuamente originada, sostenida en el camino y acompañada al destino). Sólo el hombre que reconoce al propio padre es capaz de reflejar el misterio de la paternidad originando al otro en su propia libertad; sólo la mujer que reconoce el marido/padre es capaz de conducir al hijo, maternalmente, a este reconocimiento.



Es competencia del padre representar, en cuanto origen, el principio de autoridad: la libertad del hijo es reclamada constantemente por la presencia del padre a confrontarse con la realidad y a no cerrarse en sí mismo. La figura del padre, por tanto, contesta radicalmente cualquier tipo de pretensión de autosuficiencia por parte del hijo. El hijo no puede concebirse, por tanto, como creador del propio yo ni como fuente de la realidad.

A la madre, en cambio compete comunicar al hijo, a través de una acogida continua e incondicionada, el sentido de la gratuidad que expresa el carácter positivo de la existencia. Corresponde objetivamente a la tarea educativa de la madre prestar asistencia al hijo en el reconocimiento de su dependencia del padre. Los padres suelen ausentarse de sus familias en la actualidad, pero en parte lo hacen porque las madres no siempre dirigen sus hijos hacia ellos<sup>16</sup>. Todo esto, obviamente, no debe ser considerado de manera mecánica, como si la paternidad no implicase gratuidad y la maternidad no poseyese el principio de autoridad. Se trata, más bien, de perspectivas y puntos de partida diferenciados.

Estas breves consideraciones nos permiten comprender las trágicas consecuencias a las que conduce el *eclipse de la figura del padre y de la madre*. Sólo una reflexión desencarnada y espiritualista sobre el hombre, que no reconoce el carácter constitutivo del misterio nupcial, puede aceptar que se confundan y anulen los *status* educativos del padre y de la madre.

¿Qué es lo que puede sostener a los padres y a las madres en esta tarea educativa en un clima cultural como el nuestro fuertemente marcado por el eclipse de la paternidad? El primero nos lo ofrece el Padrenuestro. El fiel se dirige a Dios llamándole Padre. Reconocerse como hijos adoptivos de Dios representa el segundo elemento. El tercero, es la conciencia de tener a la Iglesia como madre: la maternidad eclesial. Sintéticamente podemos decir que el cristiano, introducido por el bautismo en el seno virginal de la Iglesia madre, llega a ser hijo de Dios y puede dirigirse continuamente al Padre que está en el cielo.

En estos tres elementos (paternidad divina, filiación de los creyentes y maternidad eclesial) se encuentra la *forma o figura* completa de la relación natural padre-madre-hijo. El cristiano se reconoce como hijo entre los hijos: hijo de la Iglesia e hijo de Dios Padre. Como a través de su madre natural el hijo es introducido en el reconocimiento del padre, así, a través de la pertenencia a la Iglesia, el cristiano es acompañado a percibir la paternidad de Dios.

## 5. Una mirada de esperanza: el retorno al hogar

“Me levantaré e iré a mi padre” (Lc 15, 18). Estas palabras nos muestran el camino de la esperanza para la familia<sup>17</sup>. Dejarse reconciliar con el Dios del principio, no hemos sido nosotros quienes hemos puesto el comienzo, ha sido Él quien nos ha creado. Decir sí a mí mismo; decir sí al hecho de que Dios me hace vivir aquí y ahora, así y no de modo diverso; decir sí a mis limitaciones, pero decir también sí al tú, al prójimo, al hecho de que él ha sido creado por Dios así: todo esto forma parte



inevitablemente de nuestro sí a Dios. La fidelidad al propio principio es la estructura en la que se apoya no sólo el matrimonio y la familia, sino la misma existencia humana. Significa dejarse reconciliar con el Dios de la esperanza, esto es, con el propio futuro. Quien no tiene el valor de afrontar el futuro, tampoco tiene el valor de dar vida a un nuevo futuro.

La crisis de la paternidad es en el fondo una crisis de la esperanza<sup>18</sup>. Y es que la esperanza no vive de sí misma. La esperanza con la que se puede afrontar el tema del matrimonio y la familia no es otra que el recuerdo de un hogar. La memoria del hogar juega su papel inicial de volver en sí, el hijo pródigo decide volver a casa, por el anhelo de un hogar. La vuelta al hogar permitirá descubrir la verdad última del matrimonio como una buena noticia, por encima de los múltiples problemas que le asaltan. Frente a la soledad, el volver en sí descubre una presencia. La conversión contenida en ese momento requiere volver los ojos al que salva. Por eso, para llegar a ser verdaderamente padre, es preciso en primer lugar comenzar “doblando las rodillas delante del Padre, del cual toda paternidad toda el nombre”.

¿Existe un nexo entre la pérdida de la experiencia de la maternidad de la Iglesia y el eclipse del sentido de la paternidad de Dios? Si esta hipótesis es verificada como válida, se concluiría un dato importante para la misión eclesial en los comienzos del tercer milenio: los hombres sólo podrán reconocer la paternidad de Dios en la medida en que puedan encontrar en los ámbitos concretos de su existencia una Iglesia que sea verdaderamente Madre. Sin esa maternidad ¿qué hombre será capaz, como el hijo pródigo, de ese arrepentimiento profundo que exige una rendición sin condiciones? Y, sin embargo, sólo así es posible experimentar el dulce retorno a la casa del Padre.

“La civilización del amor evoca la alegría [...] civilización del amor significa ‘alegrarse con la verdad’ (cf. 1 Co 13, 6)” (GrS 13). “Para muchos la civilización del amor constituye todavía una pura utopía [...] el amor no es una utopía: ha sido dado al hombre como un cometido que cumplir con la ayuda de la gracia divina... Sí, la civilización del amor es posible, no es una utopía. Pero es posible sólo gracias a una referencia constante y viva a ‘Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien proviene toda paternidad [y maternidad] en el mundo’ (cf. Ef 3, 14-15), de quien proviene cada familia humana” (GrS 15).

“El Buen Pastor está con nosotros en todas partes. Igual que estaba en Caná de Galilea, como Esposo entre los esposos que se entregan recíprocamente para toda la vida, el Buen Pastor está hoy con vosotros como motivo de esperanza, fuerza de los corazones, fuente de entusiasmo siempre nuevo y signo de la victoria de la civilización del amor. Jesús, el Buen Pastor, nos repite: No tengáis miedo. Yo estoy con vosotros. ‘Estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo’ (Mt 28, 20)”. ¿Dé donde procede la certeza de que Tú, Hijo de Dios, estás con nosotros, aunque te hayan matado y hayas muerto como todo ser humano? ¿De donde viene esta certeza? Dice el evangelista: ‘Los amó hasta el extremo’ (Jn 13, 1). Por esto, Tú nos amas, Tú que eres el Primero y el Último, el que vive, Tú que estuviste muerto, pero que estás vivo para siempre (Ap 1, 17-18)” (GrS 18).

Se trata de promover una cultura del amor, y cultura es todo aquello que ayuda a que la persona sea más plenamente persona, entendida ésta como es, es decir, una simbiosis de cuerpo y espíritu, toda ella cuerpo, toda ella espíritu. En el verdadero concepto de persona es

donde radica toda la problemática teórica y práctica acerca de la cultura y de humanismo. La Iglesia ofrece una antropología verdadera basada en el amor. Está por hacer una cultura que brote del hontanar fecundo del amor. Ésta es la tarea más esperanzadora de la Iglesia en el tercer milenio: educar en el amor y difundir el amor.

Porque el hombre crece y madura en el amor, es decir, en la propia entrega, y precisamente en esa entrega recibe a cambio la posibilidad de su propia realización. La vocación al amor<sup>19</sup> se convierte, pues, en el fundamento de la esperanza, ya que proviene de Dios. Y nos mueve, de una parte, a no perder de vista la meta final que da sentido y valor entero a nuestra entera existencia y, de otra, “nos ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios”<sup>20</sup>.

Una *esperanza fundada* que nos impulsa a construir la civilización del amor: se trata de una misión concreta en el actual momento histórico, que afecta a cada uno en diversos modos y que cada uno, en la originalidad de su vocación, está llamado a vivir. Sin duda alguna, corresponderá a la misma familia ser verdadero sujeto de esta promoción de la cultura de la familia y de la vida y con ello vivirá con plena conciencia su “vivir en Cristo” y su tarea específica en la evangelización de la Iglesia al servicio de la sociedad.

En este sentido, escribía C. Valverde: “Pienso que la misión más urgente de la Iglesia – y la Iglesia somos vosotros y yo– al comenzar el tercer milenio es poner en presencia de los hombres una nueva cultura: la del verdadero amor. Esa cultura no vendrá de arriba abajo. Tiene que nacer de la base, de personas y comunidades que se decidan a vivir como cristianos [...] Esperamos que el milenio próximo sea el milenio del amor. ¡Ojalá las personas que conozcan el final del tercer milenio puedan volver la mirada atrás y agradecernos a nosotros el haber iniciado esta nueva andadura humana!”<sup>21</sup>.

“Defender y promover la familia y la vida humana es la tarea que se abre a la Iglesia en el comienzo del siglo XXI como un camino largo, pero cargado de esperanza en la construcción del futuro”<sup>22</sup>. Lo es por la fe en el plan de Dios sobre el matrimonio y la familia, por la confianza humana que nace del amor verdadero y lleva a entregarse a él, por la presencia de la gracia de Dios que es más fuerte que las dificultades. De este modo, la familia es una Buena Noticia para la Iglesia y para toda la sociedad y, por ello, fuente de esperanza.

Como nos recuerda Benedicto XVI en su primera encíclica: “El amor es una luz –en el fondo la única- que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos *ponerlo en práctica* porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica”<sup>23</sup>.

María revela a la humanidad el camino del amor, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. “María, mujer de esperanza, supo acoger como Abraham la voluntad de Dios “esperando contra toda esperanza” (Rom 4, 18). Es Modelo para quienes *se fían* con todo el corazón de las *promesas* de Dios”<sup>24</sup>. Mirando a María la Iglesia, cada bautizado, es decir, cada uno de nosotros, somos invitados a enraizar nuestro ser en la escucha, en la acogida de la Palabra de Dios. Ella nos remite continuamente a la persona de Jesús: “Haced lo que él os diga” (Jn 2, 5) y lo acompaña en su camino hasta los pies de la cruz. ■

## NOTAS

- 1 J.P. Sartre, *Les Mots*, Gallimard, Paris 1964, 11; (trad. cast. *Las palabras: Autobiografía de mi infancia*, Losada, Buenos Aires, 2007, 15).
- 2 F. Kafka, *Carta al padre*, Debolsillo, Madrid 2004.
- 3 Toda la historia sagrada nos propone una y otra vez la misma dinámica: desde Abrahám hasta María, desde David a Mateo, de Moisés a Pablo; cf. A. Scola, «La cuestión decisiva del amor»: hombre-mujer, Encuentro, Madrid 2002, 38.
- 4 Cf. J. Laffitte- L. Melina, *Amor conyugal y vocación a la santidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Chile 1996, 15.
- 5 Juan Pablo II, *Tríptico Romano*, Univ. Católica San Antonio, Murcia 2003, 48.
- 6 Id., *Hombre y mujer lo creó. Catequesis sobre el amor humano*, Cristiandad, Madrid 2000, XIX.
- 7 Cf. L. Melina, «La verdad de la sexualidad humana en el designio de Dios: líneas para una “teología del cuerpo”», en J. Laffitte- L. Melina, *Amor conyugal y vocación a la santidad*, o.c., 69.
- 8 Juan Pablo II, *Carta a las familias Gratissimam sane 9* (de ahora en adelante, GrS): “El nuevo ser humano, no diversamente de los padres, está llamado a la existencia como persona, está llamado a la vida en la verdad y en el amor”.
- 9 K. Wojtyla, *Pietra di luce*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1979, 100.
- 10 Juan Pablo II, *Carta a las mujeres*, 29 junio 1995, 8.
- 11 Cf. Homilía en el rito de clausura del Año Santo (25 diciembre de 1975).
- 12 GrS 13.
- 13 Ibidem. La familia es el centro y el corazón de la civilización del amor, de ahí que en el Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España, se destaque que la pastoral familiar se ha de concebir como todo un proceso que se desarrolla en la vida (n. 72). Un pastoral integral: “porque en ella está en juego la globalidad de la verdad del hombre y de su despertar religioso. En su desarrollo están implicadas las claves fundamentales de toda la existencia humana”; y progresiva: “que ha de guiarse según el proceso de la vida en la que el hombre crece, en y a través de la familia, como taller de humanidad... Es un camino imprescindible para superar la escisión entre la fe que se piensa y la vida que se vive, pues la familia es el ‘lugar’ privilegiado donde se realiza esta unión a partir del despertar religioso” (n. 23). Conferencia Episcopal Española, Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España (21-11-2003).
- 14 Juan Pablo II, *Discurso Laissez-moi*, a los participantes en el Simposio internacional sobre la Pastoral Familiar en Europa, de 26 de noviembre de 1982.
- 15 Para el tema de la “cultura de la familia”: cf. L. Melina, “La cultura de la familia. Profecía y signo”, en *Anales Valentinus* 57 (2003) 1-12.
- 16 A. Scola, “La dignidad y misión de las mujeres”, en *Revista Humanitas*, Pontificia Universidad de Chile, núm. 26 (abril-junio, 2002).
- 17 Cf. J.J. Pérez-Soba, “El Evangelio de la familia y la nueva evangelización”, en J. Andrés Gallego y J. Pérez Adán (eds.), *Pensar la familia. Estudios interdisciplinarios*, Palabra, Madrid 2001, 357-402.
- 18 Cf. L. Melina, «La cultura de la familia. Profecía y signo», o.c., 1-12.

- 19 Cf. R. Acosta Peso, *La luz que guía toda la vida. La vocación al amor, hilo conductor de la pastoral familiar*, EDICE (Madrid 2007); T. Cid, *Persona, amor y vocación. Dar un nombre al amor o la luz del sí*, Edicep, Valencia 2009.
- 20 Juan Pablo II, *Carta apostólica Tertio Millennio adveniente* 46.
- 21 C. Valverde, "Hacia un hombre distinto", en *Symposia sobre La cultura y la esperanza cristiana*, Universidad de Sevilla, 12-14 marzo 1998.
- 22 Juan Pablo II, *Novo Millennio inneunte*, 47, 51.
- 23 Benedicto XVI, *Deus Caritas est* 39.
- 24 Id., *Tertio Millennio adveniente* 48.

---

## MAGISTERIO

- Concilio ecuménico Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual* (7-XII-1965).
- Pablo VI, *Homilía en el rito de clausura del Año Santo* (25 diciembre de 1975).
- Juan Pablo II, *Carta encíclica Dives in Misericordia*, 30-XI-1980.
- \_\_\_, *Exhortación apostólica Familiaris consortio*, 22-XI-1981.
- \_\_\_, *Carta apostólica Mulieris dignitatem*, 15-VIII-1988.
- \_\_\_, *Carta a las familias Gratissimam sane*, 2-II-1994.
- \_\_\_, *Carta a las mujeres*, 29 junio 1995.
- \_\_\_, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plan divino*, Ed. Cristiandad, Madrid 2000.
- \_\_\_, *Discurso Laissez-moi*, a los participantes en el Simposio internacional sobre la Pastoral Familiar en Europa, de 26 de noviembre de 1982.
- \_\_\_, *Carta apostólica Tertio millennio adveniente* (10-XI-1994).
- \_\_\_, *Carta apostólica Novo millennio ineunte* (6-I-2001).
- Benedicto XVI, *Carta encíclica Deus caritas est* (25-XII-2005).
- Congregación para la Doctrina de la Fe, *El don de la vida. (Instrucción y Comentarios)*, Palabra, Madrid 1992.
- Conferencia Conferencia Española, *Instrucción pastoral La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 27-4-2001.

## BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV., Comentarios de la Carta a las familias de Juan Pablo II, y Carta de los Derechos de la Familia, en Varón y mujer, Edicep, Valencia 1994.
- Acosta Peso, R., La luz que guía toda la vida. La vocación al amor, hilo conductor de la pastoral familiar, EDICE (Madrid 2007).
- Andrés Gallego, J., Pérez Adán, J., (Eds.), Pensar la familia, Palabra, Madrid 2001.
- Buttiglione, R., La persona y la familia, Palabra, Madrid 1998.
- Cid, T., Persona, amor y vocación. Dar un nombre al amor o la luz del sí, Edicep, Valencia 2009.
- Kafka, F., Carta al padre, Debolsillo, Madrid 2004.
- Juan Pablo II, Tríptico romano. Poemas, Univ. Católica San Antonio, Murcia 2003.
- Laffitte, J., Melina, L., Amor conyugal y vocación a la santidad, Ediciones Universidad Católica de Chile, Chile 1996.
- Melina, L., "La cultura de la familia. Profecía y signo", en Anales Valentinus 57 (2003) 1-12.
- Melina, L., Noriega, J., Pérez Soba, J.J., La plenitud del obrar cristiano, Palabra, Madrid 2001.
- Pérez-Soba, J.J., "En el principio: el amor del Padre", en L. Melina (ed.), Lo Statuto della Teologia Morale Fondamentale, Pontificia Università Lateranense, Città del Vaticano 1997, 63-67.
- \_\_\_, "El Evangelio de la familia y la nueva evangelización", en J. Andrés Gallego y J. Pérez Adán (eds.), Pensar la familia. Estudios interdisciplinarios, Palabra, Madrid 2001, 357-402.
- Sartre, J.P., Les Mots, Gallimard, Paris 1964; (trad. cast. Las palabras: Autobiografía de mi infancia, Losada, Buenos Aires, 2007).
- Scola, A., Hombre-Mujer. El misterio nupcial, Encuentro, Madrid 2001.
- \_\_\_, «La cuestión decisiva del amor»: hombre-mujer, Encuentro, Madrid 2002,
- \_\_\_, "La dignidad y misión de las mujeres", en Revista Humanitas, Pontificia Universidad de Chile, núm. 26 (abril-junio, 2002).
- Valverde, C., "Hacia un hombre distinto", en Symposia sobre La cultura y la esperanza cristiana, Universidad de Sevilla, 12-14 marzo 1998.
- Wadell, P.J., La primacía del amor, Palabra, Madrid 2002.
- Wojtyla, K., Pietra di luce, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1979.
- \_\_\_, El don del amor. Escritos sobre la familia, Palabra, Madrid 2000.

---

## LA AUTORA

**Teresa Cid Vázquez**, es doctora en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, Máster en Ciencias del Matrimonio y la Familia por el P.I. Juan Pablo II de Roma, actualmente profesora de la Universidad CEU-San Pablo de Madrid.